

atraviesan los húmedos senderos,
 con la flauta en el labio, y temblorosos
 sobre el registro los movibles dedos.
 Cruzan hollando las marchitas hojas...
 Entre rumor de risas y de besos
 se pierden las cadencias de la música,
 y en lentas gradaciones van muriendo!...

En los lejanos bosques llamearon
 los resplandores de otoñal incendio;
 y el humo de los últimos hogares
 elevábase, rígido, a los cielos...
 Una hoja seca palpité en los aires;
 entre las ramas onduló un momento,
 y cual dorada mariposa herida,
 aleteando descendió hasta el suelo!

Crepúsculo

A RICARDO CALVO

Los enamorados cruzan la floresta,
 unidas las blancas manos temblorosas,
 y triunfal recorre la ciudad en fiesta,
 otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas,
 músicas bohemias pueblan los jardines,
 y entre los rosales, sobre las terrazas,
 un canto de amores gimen los violines.

Ligera armonía de notas inquietas
 vuela en las campanas, vibra en los pianos,
 ríe en el estruendo de las panderetas
 y tiembla en las arpas de los saboyanos!

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas
 que invitáis con vuestros misterios de nido,

a estrechar el talle de nuestras queridas
y a decirnos frases de amor, al oído;

en todas vosotras asistí a una cita!...
Conozco el paraje más bello y ameno,
y sé el banco rústico que, escondido incita
a inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo, que tristeza inspiran,
sois las predilectas de las almas locas!...
Entre vuestras sombras, los ojos se miran,
las manos se buscan y se unen las bocas!

Las brumas invaden los viejos jardines;
un rumor de danzas se extingue en las plazas,
y doliente y trémula, sobre las terrazas,
la nota postrera vibra en los violines!...

En las calles solas, las primeras luces
entre las tinieblas arden temblorosas,
mientras de las torres, en las altas cruces,
deshoja el crepúsculo sus últimas rosas!

Nocturno

La noche tiende sobre el mundo muerto
su lóbrega mortaja.

Surgen negras serpientes del abismo;
ascienden por las ásperas montañas;
ruedan al valle; cruzan los senderos;
lentas invaden la ciudad; resbalan
por los muros, se enroscan a los árboles,
y en los verdes juncales del pantano
asoman la cabeza, y, asombradas,
permanecen inmóviles, mirándose
en el profundo espejo de las aguas!

Es la hora negra del dolor!... La cita
de las almas que viven separadas
por una eternidad. Tiembla en los muros
la sombra de un murciélago que pasa,

¡Ya no hay recuerdos del ayer!... Mis labios
no secan la amargura de tus lágrimas,
ni oigo tu voz, desfalleciente y trémula,
que en la incoherencia del placer me llama.

Tan sólo en el silencio, al apagarse
los últimos fulgores de mi lámpara,
aun parece que escucho el ruido, tenue
como rumor de seda acariciada,
que producen tus manos inexpertas
al desatar, temblando, tus sandalias!

Canción de Otoño

A CRISTÓBAL DE CASTRO

De los montes descienden las nieblas,
como sombras que bajan del cielo.

Cautelosas avanzan temblando
por los húmedos campos desiertos;
se apoderan de todas las cimas;
se deslizan por todos los huecos;
las florestas invaden, y asaltan
el audaz campanario del templo,
y en las altas veletas desplegan
su triunfante bandera a los vientos.

Unas fingen castillos fantásticos;
otras luchas de monstruos quiméricos;
y las hay tan fugaces y pálidas,
que semejan desfile de muertos!

¿Dónde vais, vagas sombras perdidas
 en los giros volubles del viento?...
 ¿Dónde han ido mis viejos amores?...
 ¿Quiénes fieles y amantes me fueron?...

Tú, la blanca de trenzas de oro,
 que iluminan del sol los reflejos,
 fuiste el símbolo puro y alegre
 de mis castos amores primeros!

¡Oh, morena de lúbricos ojos,
 ha temblado en mis brazos tu cuerpo,
 y en el rojo clavel de tu boca
 se ha embriagado mi boca de besos!

¡Enlutada de pálido rostro,
 entre cirios y flores de almendro,
 yo he deshecho la cruz de tus manos
 y he cerrado tus ojos abiertos!...

De repente fulgura el relámpago;
 se oye el ronco rugido del trueno;
 y las nieblas, confusas y trémulas,
 de las lívidas luces huyendo;
 se deshacen en lluvia de lágrimas
 en la calma profunda del cielo!

La canción del hogar

A MAYER GARCAO

I

Olvidaremos el pasado. Huiremos
 cuando la noche llegue;
 cuando reine la sombra, y no se vean
 blanquear las paredes
 del hogar, ni los cantos de la esposa
 entre las flores del jardín resuenen.

II

Cruzaremos la cumbre solitaria
 de las nieves perennes...

—¿Dónde vas, ¡oh, viajero!, entre las sombras
 de la noche solemne?

¿Dónde vas?... El nublado se aproxima,
la tempestad se cierne,
y el lobo, aullando, sigue
la huella de tus pasos en la nieve!—
nos dirán los pastores, sujetando
al mastín, que gruñendo sordamente,
en el dintel de la cabaña, enseña
la lívida blancura de sus dientes.

III

Despertarán nuestros piafantes potros
a la ciudad, que en las tinieblas duerme.

—¿Dónde vas, caminante? Brama el trueno.
Nieva... La luz del rayo resplandece...
No hay posada, y borraron los caminos
las aguas desbordantes del torrente!—
dirá el hombre del llano, y mientras, canto
para vernos mejor, la luz eleve,
por la entreabierta puerta miraremos
el santo hogar y la fogata alegre,
la limpia alcoba y el nevado lecho,
donde una virgen, esperando, duerme...

IV

Cruzaremos jardines encantados
y desiertos estériles.

—¿Dónde vas, pasajero taciturno?
Silban en el camino las serpientes;
ruge el león, y acecha en los pantanos
la insaciable pantera de la fiebre!—
exclamará el errante beduino,

sujetando, al pasar, nuestros corceles.
Y bajo el lino de la blanca herida,
entre esquilas y claros cascabeles
de camellos, oiremos las canciones
con que al hogar celebran sus mujeres.

V

Pisaremos la playa, y fletaremos
la embarcación más débil.

—¿Dónde vas, marinero temerario?
El mar ronco de rabia, se estremece,
y sobre el dorso de las olas chocan
los tiburones sus voraces dientes!—
nos gritarán los viejos pescadores,
desde la humilde choza, mientras tejen
en torno del hogar, junto a los hijos,
la destrenzada urdimbre de sus redes.

VI

En la ligera embarcación iremos
donde el capricho de la mar nos lleve,
y entre el rugir del viento y de las olas,
a todo amor humano indiferentes,
náufragos del hogar, entonaremos
nuestros epitalamios a la Muerte!

Rapsodia

A MANUEL CARDIA

¡Es la vida tan árida!... ¡Es tan triste la Vida,
que no vale la pena de esperar su partida!...

De esperar la partida del barco amarillento
donde la Muerte arroja sus cenizas al viento!...

¡Alma mía, no llores! Está franca la puerta
que conduce al ensueño! En la playa desierta

no hay manos cariñosas que agiten el pañuelo,
ni pupilas amantes que interroguen al cielo,

pidiendo a Dios clemencia, llorando tu partida...
¡Abandona las playas donde la Vida!...

¿Qué te dejas en ella?... El sepulcro entreabierto
de tus locas quimeras, la aridez del desierto...

La carne es el martirio del amor... (El veneno
del áspid a quien dimos calor en nuestro seno.)

Su beso muerde. Ahoga su brazo de pantera
Se bebe nuestra sangre con avaricia fiera,

y cuando entre sus garras se agote nuestro brío,
nos arroja a las bestias feroces del hastío.

En brazos de la carne morir de amores quiero...
¡Oh, espasmo fugitivo del goce pasajero!...

¿Por qué no ahogas al triste que en tus senos olvida
por un instante, el tedio profundo de la Vida?...

Es la gloria espejismo del desierto mundo;
áncora a que se acoge el nauta moribundo;

inscripción dolorosa que el sacrificio indica;
la cruz donde el escarnio al genio crucifica...

La senda está poblada de víboras y abrojos...
De tanto llorar ciegan los soñadores ojos

que elevan sus miradas, con honda pesadumbre,
sintiendo las postalgias de la gloriosa cumbre!

Nada te liga al puerto de la Vida, alma mía,
En los mares se apaga el incendio del día;

los tripulantes cantan, y misterioso viento
hincha las rojas velas del barco amarillento...

¿Qué importan los dolores de la cruel partida?
¿Qué importa que se quede, sonriendo, la Vida

a los pocos placeres, en la estéril ribera
del mundo, si a lo lejos, amante nos espera,

coronada de estrellas, de eternidad vestida,
con los brazos abiertos, nuestra fiel Prometida?

Renacimiento

A MANUEL REINA

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje;
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela;
y he domado a mi estilo como a un potro salvaje,
a veces con el látigo y a veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela;
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas canales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales...

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo,
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo!

Pan

A M. GIGES APARICIO

Soy un alma pagana. Adoro al Dios bifronte,
y persigo a las ninfas por las verdes florestas;
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que las ninfas dancen al son del sistro, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo!... Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas!... Por ti amo la alegría,
y a las desnudas ninfas persigo por el prado.

Tus alegres canciones disipan mi tristeza;
y la flauta de caña que tañes, me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

Histórica

A GUILLERMO VALENCIA

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Coso, con el cabello al viento;
y embriagarse de amores, en el Circo sangriento,
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso, veloz salta a la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira...

Salta sobre sus pechos; a su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna... y sonriendo expira!

Ave, Femina

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita
y en tu seno las blancas magnolias del Pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita
de pálidos suicidas al infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda a Magdalena!

La sonrisa del fauno

A MANUEL MACHADO

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas,
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,
y en una loca orgía de luces y colores,
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

—¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?—
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

a un Fauno que en las frondas oculto, sonreía...
Hace ya muchos siglos... y en la conciencia humana
el Fauno, a esa pregunta, sonríe todavía!

Pagana

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

El cisne se acercó, trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorjea un ruiseñor entre el ramaje
y un toro, ebrio de amor muge salvaje,
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala—cándido abanico—
acarició los senos y el cabello...

Leda dió un grito, y se quedó extasiada...
Y el cisne levantó, rojo, su pico,
como triunfal insignia ensangrentada!

Venus de Milo

A ANTONIO DE HOYOS

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos,
de tu honor se entornaron los más dulces cantares
y ofrendaron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria, en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados,
el mármol de tu carne se estremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afrodita?
Ya la Pánica flauta en los bosques no invita
a danzar a los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huído la Alegría, ha muerto la Belleza...
No hay risas en los labios, y una inmensa tristeza
cubre como un sudario las almas y las cosas!

Vendimia

A RAMÓN GODOY

La tarde en los viñedos parpadea,
y en la embriaguez erótica del vino,
sobre algún seno virginal se arquea
el bronce de algún torso masculino.

Finge el aire la angustia de una queja;
y la tarde, en sus cárdenos crespones,
sobre el zafiro de la mar refleja
la sangre de las brucas violaciones.

Y el viejo Pan también ebrio de amores,
sopla, bajo sus dedos tembladores
el caramillo, al borde del camino;

y hace danzar entre sus patas tuertas
y lanudas, un raudo remolino
de hojas marchitas y de flores muertas!

La muerte del sátiro

AL CONDE D'ARNOSO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo
y grises troncos húmedos que apenas mueve el viento,
bajo una encina un sátiro de rostro macilento,
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo
las sombras fugitivas de algún presentimiento,
y entre los dedos débiles, el rústico instrumento
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

Es una triste música!... Vieja canción que evoca
aquel beso primero que arrebató a la boca
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida!...

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso
de la Muerte, y el último suspiro de su vida
tiembla, en el caramillo, como si fuese un beso!

Póstuma

A DIAS D'OLIVEIRA

Para cantar mi muerte quiero un verso pagano;
un verso que refleje la cándida tristeza
del azahar, que trémulo, deshoja su pureza,
a las blancas caricias de una tímida mano!

¡No amortajad mi cuerpo con el sayal cristiano;
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,
y prestadme un sudario digno por su riqueza
de envolver a un fastuoso emperador romano!

¡Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba!
Yo amo al sol—luz y vida,—y quiero que en mi tumba
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores!

Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores
en torno de la estatua de su muerto poeta!...

Anacreóntica

A MARIO PINTO RIBEIRO

Para escanciar el vino de mi viña temprana
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro
seno que sorprendiese jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,
y en ella están grabados, entre vides y flores
y sátiros que acechan, los lúbricos amores
de Leda con el Cisne, y el toro con Europa.

Amada, ¡bebe y bésame! Al destino no temas,
que al borde de la copa rebosante de gemas,
cinceló Anacreonte estos versos divinos

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra.
—Bebe, ama y alégrate, mientras sobre la tierra
haya labios de rosas y perfumados vinos!

Camafeo

Con el fervor de un lapidario antiguo,
quiero miniar, a solas y en secreto,
la tentación de tu perfil ambiguo
en las catorce gemas de un soneto.

Para nimbar tu tez blanca y severa,
a modo griego, cual real tesoro,
recogerá tu negra cabellera
sobre la nuca, un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada
la túnica, e inmóvil la mirada,
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos
sobre el registro, en gestos armoniosos,
tus dedos enjorados de amatistas!

La última elegía

¡Alma mía! Soñemos con la estación florida!
Abril lleno de rosas, a nuestro encuentro avanza...
El Arte será el último refugio de la Vida
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza!

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...
¡Haz de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.
Labremos un sarcófago digno por su riqueza
de encerrar las cenizas de dos emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:
—Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza
llorando las nostalgias de su eterna alegría!